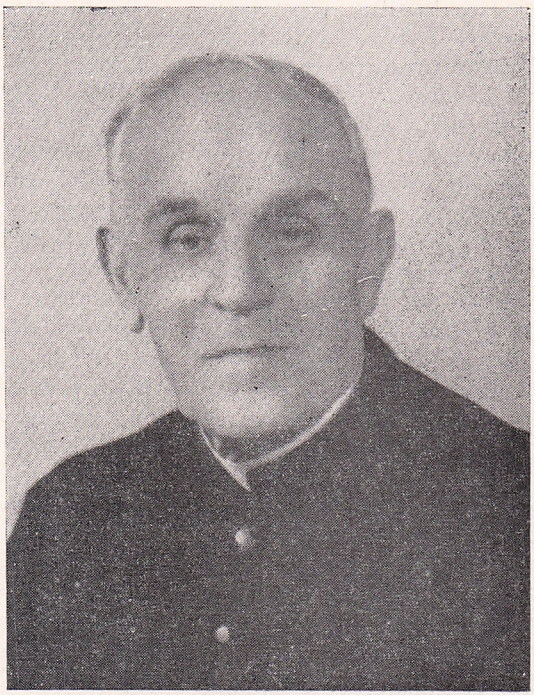
COLEGIO
DON BOSCO
Solís 252
BUENOS AIRES

Si los árboles mueren de pie, el Padre Sutera nunca pudo comprender por qué los hombres tienen que terminar su vida tendidos en un lecho. Hasta poco antes de rendir su existencia terrena, sin fuerzas físicas ya, intentaba alzarse como queriendo recibir de pie la presencia de la muerte. No pudo ser. Debió rendirse a los achaques de los años laboriosa y sacrificadamente vividos. Y cayó el luchador para no levantarse más. Pero sin discusión supo vivir, siempre de pie.



Queridos hermanos:

Cumplo la obligación de comunicaros la partida para la eternidad, el 11 de abril, del

Rdo. PADRE JOSE SUTERA

Rector de la Iglesia Italiana de Mater Misericordiae de Buenos Aires

Llegó a esta Capital en 1949, con la misión definida de regentar esta Iglesia y atender a sus compatriotas, residentes en esta afiebrada ciudad.

Estaba en su gloriosa vejez: tenía 86 años. Conservaba, sin embargo, todas sus fuerzas intelectuales y físicas maravillosamente intactas. Desarrolló aquí un

11 de Mayo de 1966

trabajo de patriarca, muchas veces ignorado, pero siempre eficaz. Fue prudente consejero y confesor de prelados y sacerdotes que confiaban en su virtud y sapiencia.

Pero la obra grande del P. Sutera se inicia en 1908, cuando pisa por primera vez tierra americana y se radica en la ciudad de Méjico. Eran tiempos propicios para él: de persecución y de martirio. Su personalidad se agiganta.

La renuncia de Porfirio Díaz trajo un recrudecimiento de renovación social con bases antirreligiosas y realizadas por Francisco Madero. Esta situación hizo que el clero debiera despojarse de los hábitos talares y se obligara a dar a los Colegios confesionales, un tinte enteramente civil. Las fuerzas militares ocuparon algunos Institutos de Educación. Oposición del Gobierno a todo lo que fuera eclesiástico. Clausura de templos. Sacerdotes expatriados a Estados Unidos con despedidas orquestadas y bochornosas. Interviene el "abogado Sutera" —título que "se agencia" para mejor servir a los intereses de la Congregación—. Solicita la ayuda del Ministro Plenipotenciario de Italia. Pone todos los Establecimientos Salesianos bajo propiedad del Gobierno Italiano. Visita a las personalidades gubernamentales. Obtiene seguridades... pero la persecución continúa.

Sin embargo, el Colegio de la Ciudad de Guadalajara, de quien siempre habló con cariño extraordinario, es restituído por el Gobierno, después de sacrificada y prudente, pero firme acción, que lleva el sello de su personalidad.

La toma de posesión fue apoteótica, según lo describe en una comunicación escrita en 1962 al Padre Inspector de Méjico. El trabajo educacional fue excelente y en poco tiempo se reabrieron los cursos primarios y secundarios, con exámenes brillantes ante las Autoridades estatales. Soluciona el problema de la Dirección —no podía ser extranjero— y los títulos oficiales de Maestros y Profesores, con rapidez y sagacidad extraordinarias. De estos años, conservó fotografías donde aparece con los bigotes recortados, posando con sus muchachos futbolistas o al frente de conjuntos gimnásticos y artísticos.

De Italia llegó un cable. El Padre Sutera debe presentarse a los Superiores Mayores. Pasa a Estados Unidos y de allí a la patria. Se dirige a Turín. Larga conferencia con el Rector Mayor. Se le ordena: "Si es posible, haga gestiones para volver a Méjico". Retorna a la capital azteca para comprobar con enorme dolor que todos los Colegios habían sido nuevamente ocupados. Intenta arreglos. Solo consigue que le reconozcan la personería jurídica y como apoderado de los dueños presenta su oposición, con la esperanza de que el tiempo fuera su mejor aliado.

"Terminé con pena mi misión en Méjico" escribió, y un Viernes Santo, a las tres de la tarde, partió para Ecuador. Llevaba el corazón taladrado como el de Cristo y en sus hombros la cruz del aparente fracaso. Pocos años después volvería, rodeado del esplendor del triunfo, para recoger a manos llenas la mies ubérrima que había sembrado entre lágrimas y dolores.

En Guayaquil dirigió el Colegio Cristóbal Colón. Su recuerdo era tema de muchas de las conversaciones de nuestra sobremesa alegre y cordial.

En 1943 vuelve a Italia: Vicario del gran Colegio de Palermo y luego del Externado de Villa Ranchibile, siendo Director el actual Rector Mayor Padre Luis Ricceri. El atleta ha hecho un alto en su larga y accidentada carrera. Se prepara para retornar a América.

Esta vez. Buenos Aires. La Iglesia de Mater Misericordiaea, donde ejercerá el rectorado, será el pedestal de su gloria.

En 1955 el Presidente de la República le concede el título "di Cavallieri dell'Italianitá", y en 1966, pocos días antes de morir, se le confiere el grado "di Commendatore nell'Ordine, al merito della Republica Italiana".

El señor Cónsul General, Doctor Roberto De Cardona, le hizo entrega de la condecoración en el sanatorio donde se asistía. Quiso levantarse. Se preparó convenientemente y como la pieza era estrecha pidió que el acto se realizara en el hall del quinto piso. Salesianos, un grupo de amigos y la íntegra Comunidad de las Hermanas Mercedarias de la Caridad asistieron a la sencilla pero emocionante ceremonia. Era la postrer condecoración para el soldado valiente y heroico que había ofrecido la vida y la patria, se lo recompensaba.

Pocas horas después comenzó su último combate. Esta vez con la muerte!

Mientras lo asistía y el jadeo trabajoso de la respiración marcaba los últimos instantes de su vida, sobre la mesita de luz campeaba la condecoración de Italia y una enseña argentina enastada en mástil de bronce, obsequio de una Cooperadora. Eran las dos naciones que velaban al luchador de Cristo, que se preparaba para entrar en la eternidad. Méjico no quiso estar ausente, porque en viaje llegaba la casulla dorada que debió utilizar en la Misa de sus Bodas de Diamante Sacerdotales.

Recibió el sacramento de los enfermos con plena lucidez. Necesitó la gracia para franquear las puertas de la eternidad porque el corazó se resistía a detenerse. Sin embargo, en las últimas horas recobró la respiración normal, se debilitó el pulso y finalmente se adormeció para siempre. Era el 11 de abril, lunes de Pascua. Las campanas de la Resurrección, cansadas de agitarse, sonaron lúgubres y acompasadas. El Maestro había muerto. Así lo apellidábamos en lo íntimo de la Comunidad. En una semblanza que publicó el P. Raúl Entraigas en el semanario "Esquiú" decía: "Lo llamábamos el Maestro. El sonreía y dejaba decir. Pero ese apodo, como todos los apodos, tenía un fondo de verdad. Fue durante su prolongada existencia, de 85 años, por encima de todo: un Maestro".

El Rmo. P. Inspector de Méjico Juan González, en carta recibida a principios de mayo, escribe: "Todo Méjico debe lamentar y lamenta en realidad y con verdadera pena la desaparición de este grande Padre. La Obra Salesiana debe mucho a su celo, a su intrepidez y a su gran cariño por ella en esta patria. Por eso no es de extrañar que con los ojos húmedos por el llanto y el corazón afligido por inmenso dolor, eleve la nación mejicana sus oraciones fervorosas, instando a Dios todopoderoso la paz eterna por el gran bienhechor y amado Padre Sutera".

Los restos mortales fueron velados en la Iglesia Mater Misericordiae. Una impresionante procesión de fieles, jóvenes y niños, se postró ante el padre y maestro.

Conservaba la majestuosa severidad de sus grandes momentos: labios apretados, nariz aquilina y las mejillas como talladas en bronce. Sobre el pecho, la condecoración de su patria. Hubo muchas lágrimas en los ojos de todos; también en los de sus Hermanos de la Comunidad Salesiana. Ausente el Rmo. P. Inspector Mario Picchi, rezó la misa el Rmo. P. Vicario, José Clemente

Silva. Monseñor Miguel Raspanti no quiso dejar partir al sacerdote ejemplar sin despedirlo con la oración de la Iglesia. El Padre Francisco Daparo, eficaz colaborador, tuvo a su cargo el elogio fúnebre. Los RR.PP. Isaac Dayer y Siro A. Pérez, Directores durante su permanencia en esta casa de Don Bosco, acompañaron sus restos hasta el último descanso. Además, los RR.PP. Felipe Salvetti, Superior de la Inspectoría N. Sra. de Luján; Ignacio Minervini, Apolinario Martín y muchos sacerdotes de otros Collegios y Parroquias. Una delegación de alumnos de la Escuela "Cristóforo Colombo", colegio que él sostuviera en los años de iniciación, asistió presidida por los profesores Vicente Salomone y Emilio Giacometti.

Frente a la Iglesia formaron los ochocientos alumnos del Colegio Don Bosco con sus guardapolvos blancos. En el amplio atrio se apretujó la nutrida muchedumbre, que dio el último adiós al Padre Sutera. Habló uu niño de los Cursos Primarios en nombre de sus compañeros; el Dr. Dionisio Petetriella, presidente de la Dante Alighieri, y el Dr. Francisco Giordano, por los amigos personales.

Presidieron los actos el conde Brocchini, primer Consejero de la Embajada de Italia, en representación de su Excelencia el señor Embajador ausente y el señor Cónsul General Doctor Roberto De Cardona. Despedido con oraciones y lágrimas, partió de la Iglesia Mater Misericordiae para la necrópolis donde descansan sus restos en el Panteón Salesiano.

Es imprescindible que agradezca, en nombre de la Comunidad Salesiana, las atenciones de las Hermanas Mercedarias del Sanatorio: exquisitas pruebas de amor, sacrificio y generosidad. A los doctores Félix Boatella, director del establecimiento, y Enrique Ochoa, vicedirector, médico de cabecera y amigo del Padre Sutera, muchísimas gracias. Al P. Vicente Forster, prefecto del Colegio, por largos meses incansable lazarillo, enfermero paciente y hermano solícito, nuestra admiración por su ejemplo. Sus lágrimas por el querido Padre Sutera son la prueba palmaria de que viven en el amor y se despiden con llanto. Junto a ellos hemos puesto a su hermana Graciela; a sus sobrinos; a Sor María Costanzo, de quien recibiera los últimos saludos pocas horas antes de expirar.

Para todos mis hermanos en la Congregación, el pedido de oraciones por el alma del querido Padre Sutera y la alegría de saber que en ella se forjan hombres de tan recia y varonil estampa.

Oscar E. Guerra
Director

Datos necrológicos: Nació el 6 de enero de 1881 en Catania, Italia. En 1906 ordenado Sacerdote. Al año siguiente, Catequista en Messina. Luego a Méjico, 1908 y Ecuador. En 1943 vuelve a Italia, para retornar a América, Buenos Aires, el año 1949, hasta el 11 de abril de 1966.